

un grupo de la revolución que se le de Jalisco, comenzó el primer sitio de Querétaro por haber sido destruido en Salamanca el ejército de la Coalición.

« No pudo negarse la actividad a los reformistas; con más elementos militares, porque depositan del viejo ejército y de la capital, verdadero centro militar del país, y del clero que daba con delirioso entusiasmo (decimos delirioso porque sabemos que había llegado el fin de su período de riqueza, ya sea porque se le acabaron los reformistas, ya porque se le pidiesen los reaccionarios), pero que siempre daba; con más elementos, decimos, el Gobierno rector competía con su actividad en sellos; la sangre mejicana parecía tener reservas enormes, so- brevenientes insuperables, cuando tanto empeño había en ver quién derribaba mayor cantidad sobre el suelo manchado más por el cañón que por el arado. ¡Estupenda impetuosidad!

« Querétaro, que era la llave de la capital, para acudir, ya al Interior, ya al ca- pital, ya a Veracruz, ya a Puebla, ya a Oaxaca, y encargado de apoderarse de la plaza, desde el primer día se le dio un carácter de cosas definitivas; hizo así, como don Luis, como don Manuel, como don Juan, que corría riesgo de sucum- bir y que el joven caudillo de Querétaro, don Miguel Miramón, dispuso al gran duelo de Querétaro, un gran patriótico, un gran heroico, un gran glorioso daba el primer alazo, y el día de mañana lo miraron en el cielo los elementos, en todos los puntos de la república. Los liberales callaron; ese día, cuando se acordaban que el Gobierno constitucional había sido proclamado, se acordaban con él, pero que el siempre había manifestado su voluntad de luchar por los intereses de la patria hasta morir. ¡Lástima de oficial que se le había llevado a su puesto de honor! Quizás más tarde la voz de la República lo habría llevado a su puesto de honor durante la in- vención mexicana, para morir como mártir y en unión de muchos de sus compa- ñeros de armas, caudillo; no en la bandera de una guerra de hermanos, sino en la de la Patria.

Don Miguel Miramón

« Lo reemplazó el general Miramón; hombre de gran espíritu, de gran arrojo, de gran poder de organización sobre el soldado (el soldado suyo y el del enemigo) y de gran amor. En su alma la religión de los privilegios de las clases con- sideradas a sí mismas por Juárez, como una religión de honor; también tenía la religión de sus mayores, era un creyente; nunca fué un fanático.

« Pero el estado mayor de los ejércitos republicanos estaba ya completo: los desterrados habían vuelto; Leonardo Márquez, Corona (no hay que confundirlo con el general republicano), Wall, Severo del Castillo, todos habían vuelto ya y todos estaban listos para combatir. En Julio resonó una proclama lúgubre en Acám- baro, el general de la división del Poniente decía a sus soldados: «¡Mis ami- gos, los señores de Yago y Aljélio, de Orihuela y Manero, de Landa y otros clama- ban por las tumbas viejas removidas; ¡Aljélio, muerto com-

«Don Miguel Miramón y su tiempo»



batiendo en Ocotlán, también clamaba venganza! En medio del concierto de rugidos ferales que llenaban los ámbitos de la República, la hiena parada en la noche, á las puertas de un cementerio, lanzaba su fúnebre aullido. ¡Ay de los inermes, ay de los que pensarán, ay de los que curarán! Un nombre al calce de la proclama: Leonardo Márquez.

¶ Contando con que Osollo, Márquez y Mejía reunidos podrían contener por lo menos á los fronterizos, Miramón creyó tener tiempo para aniquilar á Degollado y á Ogazón en el Sur del infatigablemente inquieto Estado de Jalisco, y se lanzó tras los sitiadores de Guadalajara rumbo á Sayula, á Colima, á las barrancas de Atenquique. La expedición fué rápida y terriblemente fatigosa; un combate muy serio librado en el fondo de las célebres barrancas tuvo éxito dudoso, y á pesar de los himnos triunfales y los cánticos de victoria entonados en las catedrales, el resultado de la campaña fué nulo.

¶ Muerto Osollo, y ésta era la gravísima aprensión del nuevo general en jefe, ó el ejército reaccionario probablemente mandado por Márquez era vencido por Vidaurri que se había apoderado á viva fuerza de San Luis después de la muerte de Osollo, y eso equivalía á la pérdida del Interior, y al fin del Gobierno clerico-militar, ó Márquez vencía y era el fin del mando en jefe de Miramón. Para asegurar la victoria, para asegurar su puesto, Miramón necesitaba ir rápidamente sobre los fronterizos, y recogiendo á Márquez y su ejército, buscar á Vidaurri y aplastarlo. Hízolo así con el arrojo con que ponía en práctica sus resoluciones más atrevidas. Sería mucho decir que Miramón tenía genio militar; lo que tenía era, en sus veintiséis años, un conocimiento extraordinario de las cualidades y defectos del soldado mejicano, como que desde niño había vivido en contacto con él, y la impetuosidad que lo obligaba á seguir de instinto la táctica napoleónica, «atacar siempre, ser el primero en atacar» y aglomerar sobre el punto débil ó desorganizado del enemigo todo su empuje. En la batalla de Ahualulco de los Pinos (á corta distancia de San Luis Potosí), en donde había tomado posiciones el ejército constitucionalista, y eran muy buenas, todo dependió de la buena disciplina de las tropas reaccionarias que, ejecutando con precisión admirable el movimiento envolvente que dirigió Márquez, obligó á los fronterizos á debilitar su centro, sobre el que cerró con furia Miramón. La derrota fué completa, y toda la zona que habían ganado en su avance los jefes de Vidaurri, quedó perdida para ellos. Márquez se atribuyó la victoria después; todo el mundo se la otorgó á Miramón entonces y él fué quien la ganó; siempre hay un lugarteniente á quien el general en jefe ordena un movimiento decisivo: quien dispone, quien secunda, quien decide es el que gana. Miramón triunfó en Ahualulco, y el prestigio personal que adquirió con esta hazaña fué inmenso; pero, cosa singular, ni pudo perseguir al enemigo que huía á su terreno para rehacerse, ni pudo salir, como debería haber hecho instantáneamente, para Guadalajara que, precisamente en los días en que se cosechaba los laureles de Ahualulco y para amargar la copa del partido reaccionario, era embestida con redoblado brío por Degollado, Ogazón, Silverio Núñez (valiente y gallardo general que sucumbió en los combates) y al fin por Sánchez Román y Coronado.

☛ La inmovilidad forzada y forzosa de Miramón, que no tenía un peso para pagar las soldadas de los vencedores de Ahualulco, dió tiempo á Degollado para forzar las defensas de la capital de Jalisco y apoderarse de ella mediante tremendo asalto ejecutado con temeraria bravura y resistido con tenaz desnudo; y lo que fué más grave y nulificó por de pronto el efecto de Ahualulco, es que los liberales, atacando directamente á Méjico, lograron paralizar los movimientos del ejército estacionado en San Luis, que al fin, con las apremiantes noticias de Guadalajara, había entrado en campaña.

☛ En efecto, la marcha del jefe fronterizo Blanco había sido bien ejecutada desde Morelia hasta el valle de Toluca, sin que se percataran bien de ello los reactivos; sólo se había sabido, y con profundo escándalo y con lamentaciones y trenos en templos y vicarías, que Huerta y Blanco se habían apoderado de la plata de la catedral de Morelia y la habían fundido y reducido á barras. ¡Robo, saqueo, sacrilego despojo! Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Desde el instante que el clero, abierta, ostensible, empeñosamente se había declarado enemigo á todo trance del Gobierno constituido, el procedimiento de confiscación y expoliación era lógico, era el desarme del enemigo. Los liberales sabían bien que las riquezas del clero de que ellos no se apoderaran, caerían indefectiblemente en poder de los rebeldes (como sucedió, y en formidable escala, por cierto); habría sido un acto de imprevisión, casi infantil, abstenerse y respetar lo que otros no respetarían nunca. Es por todo extremo curioso, como rasgo de psicología de los hombres de partido, el acto de reprochar al general Blanco, con justísimo derecho á las represalias, lo que no se encuentra malo en el general reaccionario Castillo, que saqueó literalmente los templos de Guadalajara para dar su prest al soldado durante el último sitio.

☛ Blanco era un soldado que acometía audazmente, pero que no sabía sostener su acción enérgicamente para afirmar el efecto de su impulso. En Méjico apareció de improviso, inició el asalto con una excelente maniobra (aconsejada por el general facultativo D. José Justo Álvarez) y lo abandonó todo en cuanto se convenció de que no era secundado en la plaza, como se lo habían prometido los grupos de conspiradores liberales que, fuera del olfato del jefe de policía Lagarde, pululaban en la capital. Su retirada hacia Michoacán fué ordenada; hizo en Méjico dos conquistas excelentes: D. Miguel Lerdo de Tejada, que desde entonces comenzó á tomar parte activa y directa en la revolución, y el general D. José J. Álvarez, que iba á prestar servicios señalados en las campañas sucesivas por sus conocimientos estratégicos y tácticos.

☛ Miramón vino á Méjico mientras Márquez marchaba lentamente á Guadalajara. «Vaya V. á mandar el ejército, dijo al Presidente Zuloaga; yo no puedo hacerlo sin dinero y sin soldados.» El joven general, que entonces ó poco antes dijo estas palabras, estaba en aquellos días henchido de ambición, de gloria y de dicha (se casó en esos días): copar á los liberales en Guadalajara ó perseguirlos furiosamente hasta Colima, pero no dejarle á Márquez esa gloria, sino hacerlo todo él mismo, por sí mismo, era su propósito.

☛ El Ministerio nuevo lo secundaba bien, encontró dinero para él; el Ministerio no estaba ya formado por los conservadores moderados de los primeros meses; ahora estaban Castillo Lanzas en Relaciones, viejo bustamantista ducho y conecedor de los intríngulis diplomáticos, finísimo de porte y de modales, el tipo del MINISTRO DECENTE, hecho AD HOC para contrarrestar con la intervención europea la temida intervención norte-americana; en las otras carteras, algunos reaccionarios de pura cepa, y en Justicia y Negocios eclesiásticos, el padre Miranda. Éste era quien daba el tono al Ministerio; este Ministerio no buscaría ni aceptaría la paz, comó el de los Sres. Cuevas y Elguero; era de combate, de guerra, de exterminio. El padre Miranda era un ángel exterminador por convicción profunda y honrada; no era ni un energúmeno, ni un fanático; tampoco un iluminado capaz de predicar por las plazas con la tea en una mano y el crucifijo en la otra; no lo exaltaban ni Vicente Ferrer ni Domingo de Guzmán, aunque tampoco era capaz de extasiarse ante los arrebatos de infinita caridad de Francisco de Asís. Era el prototipo del clérigo mejicano de condición superior: buen estudiante, sólidamente instruido en la doctrina y buen observador de la vida real; cumpliendo corrientemente con los deberes de su ministerio y dotado de temperamento batallador y aventurero, naturalmente inclinado á la intriga y al cabildeo; discreto y apasionado, pero sin ceguera por su idea, que era la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil; con odio franco á las ideas modernas de emancipación; con deseo ardiente de procurar en Méjico el triunfo de su idea y su odio, que dan, sumados, una fe, una religión, un credo; el padre Miranda conspiró desde que tuvo modo de entrar en acción en los triunfos precursores de la última dictadura de Santa Anna, de quien siempre fué partidario. El Ilustrísimo Labastida lo defendió contra Comonfort; juró y perjuró que era una paloma inocente su cura del Sagrario (Puebla) y que lo calumniaban quienes decían lo contrario. Los ministros de Comonfort no se dejaron convencer y lo expulsaron del país; tenían razón; el padre Miranda conspiraba, siempre conspiraba el padre Miranda. Volvió con Márquez, con Woll, con Corona y otros EJUSDEM FARINÆ; Garza los capturó y no tuvo valor ó tiempo de fusilarlos, y el padre Miranda vino á Méjico con su ALTER EGO Rafael de Rafael, escritor español cultísimo, vehemente, de una exaltación furiosa de ideas retrógradas, que había sido expulsado por Arista y adoraba AL PADRE, á quien llamaba en sus cartas «HERMANO MÍO, AMIGO DE MI CO-RAZÓN».

☛ ¿Y qué iba á hacer el padre Miranda en el Ministerio? La verdad es que fuera de algunas leyes muy duras que dió el Gobierno tambaleante de Zuloaga, lo demás no valió la pena. El padre Miranda no había nacido para el Gobierno, sino para conspirar contra el Gobierno; su presencia en el Gabinete era una prenda de buena voluntad dada á la parte más exaltada del partido reactor y á los obispos intransigentes; mas el Padre vió claramente que aquel Gobierno sólo era un cuartel general de tropas organizadas para defender los bienes de la Iglesia con la condición de que la Iglesia se los diese á ellos; que al cabo la cuestión, por agotamiento del país, por falta de recursos de los que se llamaban GOBERNANTES en Méjico, se resolvería por el partido liberal, que tenía de su lado el inagotable de-

pósito humano de las masas populares, la confiscación de los bienes del clero y un programa muy neto y muy claro, mientras que los conservadores sólo tenían uno negativo (las cinco leyes de los zuloaguistas fueron solamente derogativas). El padre Miranda no encubría su verdadero pensamiento, su verdadero designio, su verdadera esperanza: una intervención de España ó de Francia, quizás; ésta en segundo término; en primero estaba el establecimiento de una monarquía española en Méjico. El ministro Almonte recibió instrucciones para todo esto (v. Hidalgo). En las instrucciones no se hablaba de monarquía, solamente de intervención, DE PROTECTORADO (sic)...

¶ Pero lo singular y por extremo interesante en la historia de las aberraciones de los partidos políticos (y los nuestros han sido típicos), es que, al pedir el protectorado europeo, se pedía con el norte-americano. Lo asegura Hidalgo y ninguno podía estar más al cabo de esta intriga, que empezó en LOS BASTIDORES de una diplomacia mendicante y acabó con el epílogo trágico del Cerro de las Campanas. De modo que el capítulo primero de la necesidad de la intervención europea consistía en que, por virtud de que estaba probado que los mejicanos no saldrían jamás del pantano de las guerras civiles (provocadas por los reaccionarios desde el Plan de Jalisco hasta el Plan de Tacubaya) y para evitar que cayesen en poder de los norte-americanos, lo natural era que cayésemos en el de los europeos. ¡Y para esto se solicitaba el protectorado yankee, que, como habría sido natural, á la larga ó á la corta, habría excluido á los otros protectores! Eso sí, á boca llena, se proclamaba que los constitucionalistas, traidores á la patria, buscaban los auxilios del Gabinete de Washington.

¶ Los liberales de Guadalajara, asaltada y sometida, habían inaugurado un gobierno de represalias, de violencias, de medidas tomadas de prisa y ejecutadas fulminantemente para plantear la Reforma con actos tremendos, pero por lo mismo irreparables. Era el procedimiento de los revolucionarios franceses, con quienes tantos puntos de contacto tenían los partidarios de la revolución en Jalisco.

¶ Degollado se esforzaba en meter aquel huracán de ardiente y brava demagogia en cauces seguros, en grandes acumuladores de energía, con objeto de servirse de él para apretar ó desatar frenos en la marcha de la guerra, que tomaba día á día un aspecto más siniestro y cruel. Pero era imposible, no tenía tiempo.

¶ El discurso, la arenga revolucionaria funcionaba sin cesar. En medio de una sociedad hostil en su mayoría; á la vista de un clero que no podía disimular su odio y su rencor hacia los vencedores; entre las maldiciones y anatemas pronunciados sin cesar en voz baja, en cada templo, en cada casa en que se rezaba, resonaban los conceptos de acero duros, punzantes, fríos de Vallarta; las frases urentes de Cruz Ahedo, que tocaban de preferencia en la armadura de la Iglesia buscando la entrada del corazón al dardo de fuego, y las declamaciones incesantes de muchos otros, incitando á la venganza, demoliendo el prestigio de la Igle-

sia en la conciencia popular, tirando altares, rompiendo imágenes, violando claustros y negando espíritu de virtud, de abnegación, de sacrificio y de caridad á las comunidades religiosas, sacando á relucir sus trapos obscenos, sus historias impuras, sus maldades históricas, sin respeto ni á la verdad, ni al sentido común, ni al pudor de nadie, todo el espantable arsenal anticristiano del siglo XVIII era esgrimido frenéticamente por aquellos bregadores. ¡Y qué remedio! ¡Cómo des- apasionar á nadie al día siguiente de las matanzas y de las excomuniones; cómo decir: en todo eso que decís hay mucha calumnia, mucha invención, mucho odio y una parte, y no la mayor parte, de verdad y de justicia. Aquellos hombres no eran estudiantes de historia ó de filosofía en el alto sentido de la palabra; eran iconoclastas, eran rompedores de ídolos, arrancadores de creencias en el alma popular para dar entrada amplia al tiempo nuevo. ¿Hacían mal? Degollado veía la montaña que había que volar y dejaba usar de aquellos tremendos explosivos. ¶ No nos vanagloriemos en el silencio y la paz de los gabinetes de tener mejor orientada la conciencia que aquel hombre á quien sacudía en sus olas la fiebre revolucionaria y que encontraba, en su amor á una patria y á una humanidad mejores, el salvavidas de sus perennes naufragios.

¶ Eso sí, en donde había un crimen ponía la mano vindicadora. Dos oficiales reaccionarios habían cometido un acto digno de Márquez: hicieron una excursión con sus tropas á un pueblo del Sur de Jalisco, se apoderaron de un médico que administraba una hacienda (Herrera y Cairo) y lo hicieron fría y atrocemente fusilar y colgar, por ser público y notorio que sus ideas eran liberales. Piélagos y Monayo se llamaban estos verdugos. Cayeron en poder de los vencedores de Guadalajara y, con un lujo de crueldad igual al que ellos habían empleado con su víctima, los ahorcaron, á uno de ellos en las puertas del palacio episcopal, porque se quería mostrar que tenían por cierta la absurda especie de que la muerte de Herrera y Cairo había sido ordenada por el obispo Espinosa. Degollado no pudo someter la ejecución de aquellos hombres á procedimientos corrientes. Pero el general Blancarte, hombre malo, enemigo implacable de la revolución, rodeado de los amores de la plebe de Guadalajara y del rencor intenso de la burguesía liberal, había quedado, por una cláusula expresa de la capitulación, bajo la salvaguardia de la fe empeñada y del honor de los vencedores. Un bandido insignificante, flor de sangre y de muerte del gran matadero en que había convertido la guerra civil al país, llamado Rojas, allanó la morada del capitulado y lo asesinó. Esto hirió vivamente á Degollado, que se empeñó en fusilar á Rojas, cuya fuga protegió alguno de los jefes liberales y que fué puesto fuera de la ley.

¶ La verdad es que todo andaba fuera de la ley; con el pretexto de apoderarse de los bienes del clero, lo que desde el punto de vista de los beligerantes no podía ser más justo, se cometían por donde quiera desmanes y saqueos y asaltos y robo, á que la bandera de la Constitución no daba amparo, pero sí sombra. Las derrotas constantes de Degollado no le permitían organizar un ejército moralizado que pudiera hacer en grande la policía de la República, y sin este ejército, en núcleo por lo menos, poco ó nada había intentable en este sentido; ya demasiado se hacía con extraer de las levas, de que abusaban horriblemente ambos